

La Prensa

FUNDADO EN 1980

Presidente fundador: Roberto Eisenmann Jr.
Directores eméritos: Winston Robles Chiari y Guillermo Sánchez Borbón

Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE Y DIRECTOR

Fernando Berguido

PRESIDENTE ENCARGADO

Luis Navarro Linares

DIRECTOR ASOCIADO

Rolando Rodríguez B.

SUBDIRECTORES

Lourdes de Obaldía
María Mercedes de Corró
Rita Vásquez

EDITORES

Carlos Alberto Vargas, Juan Luis Batista (Jefatura de información), Lina Vega Abad (Cierre), Cecilia Fonseca (Fin de semana), Santiago Fascetto (Unidad de Investigación), Flor Mizrahi Ángel (Política), Mónica Palm (Judiciales), Flor Cogley (Sociedad), Víctor Torres (Nacionales), Rafael Calvo (Deportes), Yasmína Reyes (Mundo), Yolanda Sandoval (Negocios), Daniel Domínguez (Vivir*), Liz Carrasco (Opinión), Iván Uribe (Fotografía), Luzmila de Flamarique (Corrección), Tania Fernández Pino (Defensora del Lector)

GERENTE GENERAL: César Tribaldos G.

GERENTES: María E. de García de Paredes (Finanzas), Juan Carlos Planells (Tecnología), Puchy Serrano (Ventas), Basilio Fernández (Operaciones)

REDACCIÓN: 323-6200 - PUBLICIDAD:

323-7400 - ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - SUSCRIPCIONES: 222-1222 - SUPLEMENTOS: 323-7264

Esta es una publicación de Corporación La Prensa, S.A. © 2010. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción, sin autorización escrita de su titular.

[OPINIÓN DE LOWI]



LOCURA COLECTIVA

¡Paren el mundo!

Daniel R. Pichel
dpichel@cardiologos.com

No sé qué está pasando, pero parece que hubiera una competencia para ver quién encuentra una forma más eficiente de acabar con la humanidad. A diferencia de lo que se esperaría, la especie humana radicaliza cada vez más sus posiciones.

Desde el 11 de septiembre de 2001, la geopolítica mundial cambió para siempre. El culto al miedo originado por la destrucción de las Torres Gemelas ha cambiado como vivimos. Es, más o menos, lo que pasó después de Hiroshima y Nagasaki, cuando los seres humanos sintieron lo efímero de su existencia si algún loco decidía apretar el supuesto botón rojo y consumirnos a todos en un gran hongo atómico. Eso, propició la esquizofrénica guerra fría donde todo dependía del miedo a un cataclismo nuclear. Por supuesto, esto nunca ocurrió

porque "los locos" (los nucleares, no los nuestros), sabían perfectamente las consecuencias que tendría un desliz con el dichoso botoncito.

Pero, cuando todo aquello parecía haber pasado, resurge otro origen para el miedo. Mucho peor, porque está mediado por concepciones que, en su esencia, supuestamente se originan en la interpretación antojadiza de "textos sagrados" que Dios (que se supone es el mismo, aunque se llame y se comporte diferente) reveló a interlocutores proféticos. El problema es que, esos libros, al no tener un glosario de interpretación, cada quien los manipula como le cuadra. Así, papas, rabinos, imanes o pastores manipulan a su "rebaño" para agendas particulares.

Resulta que los atentados a las torres gemelas y a los trenes de Londres y Madrid son parte de un designio divino que busca un mundo islámico. Los ataques a la población palestina, según los ortodoxos, "buscan proteger el estado de los elegidos de Dios". Y,

encima, los cristianos, si bien no tienen una manifestación tan bélica (durante la Edad Media y la inquisición ya llenaron su cuota de salvajismo), se oponen a cosas tan elementales como que los seres humanos planifiquen cuándo tener hijos, se protejan contra enfermedades de transmisión sexual, o permitan que cada quien tenga su propia preferencia sexual, sin ser discriminado por ello. Estas ideas corresponden a una pequeñísima minoría de la totalidad del grupo, pero desgraciadamente son los más beligerantes.

Esas agendas conservadoras, van a acabar con el mundo. Por un lado, tenemos un pueblo milenarista como Irán, gobernado por una banda de fanáticos que niegan el holocausto y que insisten en que Israel no debe existir. En Israel, cada vez adquieren más poder los ortodoxos, al punto que hace poco sugerían limitar derechos a personas nacidas en su territorio de padres no judíos, porque "atentan contra la integridad del Estado

hebreo".

En Estados Unidos, todo indica que en las elecciones parciales de noviembre, los cavernícolas agrupados en el *Tea Party* ganarán mucha fuerza política, al punto de que se ha llegado a pensar que Sarah Palin (más o menos la versión americana de "Confucia"), pudiera ser la candidata republicana. Esta gente atenta, detrás de un inocente discurso de "defensa de la familia y la vida", contra el progreso y la convivencia pacífica. Se oponen a la educación sexual, aspiran a permitir la posesión indiscriminada de armas de cualquier calibre a particulares y pretenden que se deje de enseñar la evolución en los colegios, para reemplazarlo por creacionismo o eso que llaman "diseño inteligente" y que no es ni una cosa ni la otra. Lo más grave, hacen de la "islamofobia" uno de los elementos primordiales de su discurso ideológico. ¡Y están ganando apoyo popular!

Mientras, en Panamá, los retrógradas del Opus Dei han lo-

grado suficiente influencia política para infiltrar el gobierno y bloquear cualquier iniciativa de cambio a los parámetros sociales que ellos consideran "obra de dios". Los viernes en la noche vemos policías de tránsito asignados (o pagados) para detener el tráfico cada vez que alguien que celebra el *Sabbath* tiene que cruzar la calle ese día que Dios veta el uso del automóvil.

Estas agendas conservadoras, mediadas por variopintas ortodoxias, no contribuyen en nada al progreso ni a la convivencia pacífica de los seres humanos. Debemos defender el derecho a la espiritualidad y las creencias individuales. Pero, si estas comienzan a afectar a los demás hay que hacer un alto y analizar hacia dónde vamos.

Ante esta gran locura colectiva, por momentos apetece gritar como Mafalda: ¡Paren el mundo... que me quiero bajar!

EL AUTOR

es cardiólogo

DESUNIÓN

Veinte gatos universitarios

Albis Oro
opinion@prensa.com

En uno de mis frecuentes paseos por los senderos de la reflexión, en el parque de la imaginación que se encuentra en el corregimiento del acontecer nacional y en la provincia del anhelo de un mejor país, me encontré con un simpático personaje.

Vestía zapatillas, *jeans*, suéter,

gorra y una mochila en su espalda. Su cuerpo estaba cubierto de pelos y resaltaban unos largos bigotes entre sus labios y su nariz. Tuve que quitarme los lentes y limpiarlos para dar crédito a lo que veía. Era un gato universitario, intrigado le busqué conversación.

Para mi agrado, era un gato analítico y parlanchín, a pesar de la corta edad que reflejaba. Se presentó con un apretón de manos e inmediatamente me dijo su lugar de procedencia.

Hablaba, con rostro de alegría y orgullo, de las bellezas naturales, facilidades y recursos que adornaban a su querida tierra hasta que un recuerdo le hizo cambiar paulatinamente su semblante a un rostro de tristeza, frustración e impotencia. Rápidamente lo motivé a hablar al respecto.

Me contó que venía de la universidad estatal de su país en donde se habían suspendido las clases. Con frustración me decía no comprender cómo 20 gatos,

de entre miles de gatos, de su universidad eran capaces de dañar la imagen de toda la institución, haciendo que en los titulares de los periódicos y la televisión se dijera: "los gatos de la universidad estatal" causan disturbios y daños materiales.

Pero lo que menos comprendía era cómo esos miles de gatos dejaban que eso pasara, años tras años, en perjuicio de la mayoría.

Al final de la conversación concluimos que los 20 gatos habían comprendido algo que los

otros no. Que en la organización está la fuerza.

Lo vi retirarse cabizbajo, rogando que algún día la mayoría de los gatos de su país comprendieran que no importa qué tan buenos sean por separado, pues si no se unen, si no se organizan, los malos gatos siempre llevarán la ventaja porque descubrieron que juntos son mejores.

EL AUTOR

es ingeniero en sistemas computacionales